

IBEROAMÉRICA, INDEPENDENCIAS, PENSAMIENTO, LETRAS, TÓPICOS RELEVANTES

José Rojas Bez

Profesor Titular del Instituto Superior de Arte de Cuba

Si a las letras iberoamericanas les sobran motivos de orgullo, incluyendo la abundancia, diversidad y brillantez, su difusión universal ha tenido que esperar momentos cimeros como el modernismo de fines del siglo XIX y principios del XX y, más aún, el llamado “boom” de los años sesenta y setenta del siglo XX.

La relegación (no sólo literaria sino cultural general) y la “situación colonial” se han hecho persistentes incluso en “proteccionismos” y en ciertas actitudes de metropolitanismo y falsa conciencia (la peor, la sostenida desde los propios centros culturales de nuestra América, más que desde España o Europa) de “inferioridad” respecto a las antiguas metrópolis.

Sin embargo, difícilmente hallemos, en la historia o la actualidad, una mayor unidad cultural y espiritual en todo un continente (por supuesto, conflictiva con frecuencia, a veces antagónica y matizada con aristas cruentas). Valdría la pena un parangón, no procedente ahora, con África y el Oriente.

Hablamos de un sustrato y una unidad donde juegan roles definitivos un idioma, hábitos, creencias religiosas y hasta un imaginario común; sin menoscabo de los regionales y nacionales, y sin que ignoremos su paulatina diversificación.

Y, entre la riqueza de acciones y circunstancias históricas y sociales, y de ideas y letras que caracterizan el origen y el desarrollo de la cultura iberoamericana, subrayaremos concisamente tres, hasta cierto punto sorprendentes en su originalidad o, al menos, en sus matices.

1. Cristalización de símbolos del héroe americano... en letras de la metrópolis

Nada común en las gestas conquistadoras y coloniales es que, no sólo la defensa de los oprimidos (al menos de cierto sector), sino también el ensalzamiento de héroes suyos y la definitiva cristalización poética de sus símbolos nazca en los propios discursos de quienes participan en la colonización.

Ocurre así con las imágenes del cacique caribeño Hatuey y el jefe araucano Cautipolicán.

El precursor de esta línea reivindicadora fue Fray Antonio Montesinos quien, en su sermón del Cuarto Domingo de Adviento, en 1511 –en sagaz conciliación del humanismo de Manetti, Ficino y de la Mirándola con la filosofía eclesiástica, y acentuando el ecumenismo de una raza humana racional, libre y hermanada– advierte contra los desafueros de la colonización.

Pero el Padre Las Casas, testigo de la colonización desde sus primeras horas a fines del siglo XV, se ha mantenido como el más conocido defensor de los aborígenes, gracias sobre todo a su *Historia General de las Indias*, en especial su capítulo XXI, donde relata la ejecución de Hatuey, y donde los temas de “la crueldad y la codicia de que fueron víctimas los aborígenes” se ponen en contraste con los de la nobleza y bondad natural de los aborígenes y el “lógico” rechazo del bautismo ante el horrendo ejemplo dado por los supuestos representantes de Cristo.

Las Casas relata los hechos históricos con claridad de ideas y con eficacia emocional y poética, describiendo un ritual de ejecución en la hoguera acompañado de la adoración al oro, “Señor de Idolatría”.

El dramatismo de la quema (cruel, injusta, bárbara) de Hatuey (bondadoso, firme, racional) se acompaña de la metafórica adoración al oro (codiciosa, ambiciosa) para generar y difundir el primer símbolo del héroe americano, Hatuey; a la vez que hacía de Las Casas, en el específico plano literario, un precursor del pronto recurrido motivo del “poderoso caballero es don Dinero”.

Por su parte, Alonso de Ercilla, quien ejerció armas en Chile entre 1557 y 1559, cuando se produjo la victoria militar española sobre los araucanos, comenzó a escribir durante esta campaña su extenso poema *La araucana*, que publicó, ya en España, en 1569.

En todo el poema, pero de modo especial en su canto XXXIV, dibuja la figura del cacique Caupolicán con notable humanismo e hidalguía, oponiéndolo a los desafueros de los conquistadores, y dando nacimiento a su cristalización poética como símbolo del héroe americano.

Afianzando su poder de convicción idiosincrásica y de atractivos poéticos, Ercilla maneja temas tan capitales entonces como “la variabilidad de la fortuna”, “la decadencia de todas las cosas”, “el vencerse a sí mismo”, las virtudes de valentía y nobleza, la racionalidad humana y la grandeza de la fe: “Esto confirma bien Caupolicano,/ famoso capitán y gran guerrero,/ que en el término América-indiano/ tuvo en las armas el lugar primero.”

Así, el héroe americano acepta el bautismo, pero no gracias a un venerable ejemplo de los conquistadores, ni por falta de valentía y entereza (“Que nunca por mudanza vez alguna/ pudo mudarle el rostro la fortuna”), sino por su propia racionalidad y la fe obrada por mano divina (“Pero mudóle Dios en un momento,/ obrando en él su poderosa mano,/ pues con lumbre de fe y conocimiento/ se quiso bautizar y ser cristiano.”).

El honor, la valentía, el orgullo étnico y personal, la fortaleza física y espiritual, el prestigio como jefe, se suman a la claridad de pensamiento y a la gracia cristiana, en oposición a antivalores de los colonizadores, para dejar fijada una imagen de Caupolicán como símbolo del héroe americano; sobre todo cuando Ercilla ha acentuado, no la simple particularidad del héroe, sino su universalidad o potencialidad: “no pienses que aunque muera aquí a tus manos/ ha de faltar cabeza en el Estado,/ que luego habrá otros mil Caupolicanos.”

De modo que Ercilla se une a Las Casas como ilustre ejemplo de conciencia crítica temprana, de oposición a los desmanes de la colonización, y en la cristalización de

los primeros símbolos del héroe americano... desde la propia cultura, las propias letras hispánicas.

2. Historia y conflictos caudillismo–sociedad civil. Letras y novela del dictador

El perenne conflicto entre caudillismo (entiéndase también militarismo, totalitarismo, dictaduras, verticalización forzada) y sociedad civil (o democracia y libertades personales), se ha manifestado como problema sociopolítico y cultural incesante en la historia de América. Dado de sur a norte, desde antes hasta hoy, desde el primer establecimiento de un país “acaudillado” hasta un “sorprendente” golpe de estado militar en el siglo XXI; también ha sido preocupación y prevención en el pensamiento y las letras de los más ilustres políticos y escritores, enfocado desde las más disímiles aristas (historicistas, sociológicas, espiritualistas...) y posiciones y respuestas.

Ya que de las letras hablamos, subrayemos el conflicto como fuente y motivo de toda una corriente llamada “novela del dictador” (también del caudillo, del golpista, del poder absolutista); aunque habría que recurrir asimismo a extensos ensayos emparentados con ella, y a un insoslayable precedente que participa de varios géneros a la vez (historia, biografía, sociología, política... incluso novelística) como *Facundo o Civilización y barbarie en las pampas argentinas* (1845), de Domingo Faustino Sarmiento.

Hoy todos los lectores (y otros, más “audiovidentes” que lectores) del mundo conocen, en una u otra medida, una novelística que, incluyendo de nuevo en sus orígenes a un escritor de la propia España —Valle Inclán y su *Tirano Banderas* (1926)— destaca por su fecundidad, con obras como —en su más amplio espectro de “personajes” y tipos de poderes detentados— *El Señor Presidente* (1946), de Miguel Ángel Asturias; *Conversación en la catedral* (1969) y *La fiesta del chivo* (2000), ambas de Mario Vargas Llosa; *Maten al león* (1969), de Jorge Ibarguengotia; *Yo, el Supremo* (1974), de Augusto Roa Bastos; *El otoño del patriarca* (1975), de Gabriel García Márquez; *El*

recurso del método (1974), de Alejo Carpentier; *La novela de Perón* (1985), de Tomás Eloy Martínez; y, *Agosto* (1990), de Rubem Fonseca; entre otras.

Hallaremos las fuentes de la tendencia caudillista o dictatorial en las propias raíces y composición de nuestra América, desde los sustratos aborígenes (caciquismo, imperios pre-coloniales), las tradiciones africanas (fuertemente marcadas por lo tribal) y, más aún, las imposiciones de la propia conquista y las colonias, con sus estructuras virreinales y el propio talante de los conquistadores (militares codiciosos de lo que más añoran los dictadores: poder, gloria y bienes terrenales), en general con poca formación o intereses humanistas como los que sí tuvieron Las Casas y Alonso de Ercilla. Las perspectivas y soluciones, claro, son diversas y casuísticas.

Desde cualquiera de estas ópticas (la artístico-literaria y la histórica, social y política), el problema, el tema y las formas de analizar, responder, novelar y mostrar al caudillo, el dictador y las libertades civiles, son de imprescindible atención para conocer y asumir la cultura iberoamericana.

3.- Independencia y desarrollo basados en la unidad y el legado cultural

Quizás en la era moderna no haya existido igual pasión y conciencia por la conservación y desarrollo de la cultura “madre” como la mostrada en América por los mismos gestores del pensamiento, la letras y la acción independentistas, al menos desde Miguel Hidalgo, Félix Varela, Andrés Bello, Simón Rodríguez y José María Heredia, entre otros.

Sin olvidar lo autóctono ni las más ancestrales raíces del continente (“La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, [...]”, escribió Martí en *Nuestra América*), desde su formación hasta su máxima plenitud, el pensamiento independentista y americanista reitera la necesidad de conocer y amar lo propio y a otros pueblos hermanos del mundo; pero sin dejadez de la lengua, la cultura general, ni nada de lo que de bueno y útil hubiese llegado de allende los mares.

Con toda claridad, la lucha es contra el sistema colonial, contra lo que significase colonialismo y sumisión; no contra lo hispánico, lo ibérico, lo latino ni lo universal, en cuanto *pueblo y cultura*.

A idea y sentimiento tal, se vincula otro casi indistinguible de él: la existente y necesaria unidad continental sobre la base de los mismos principios culturales.

Si en su discurso a la división de Urdaneta, del 12 de noviembre de 1814, en Pamplona, Bolívar sentenciaba: “Para nosotros la Patria es América”; en su “Carta de Jamaica” (fechada en Kingston, el 6 de septiembre de 1815), explicaba: “Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo ya que tiene un origen, una lengua, una costumbre y una religión.”

La doctrina, más que simple idea, es asumida fecundamente por José Martí a lo largo de su vida y obra, con momentos cimeros en ensayos como “Nuestra América”, publicado en México en 1891, donde atina a señalar las genuinas contradicciones y tensiones de nuestra América (“del Bravo a Magallanes”), la batalla entre “la falsa erudición y la naturaleza” (“El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico), lo propio y lo universal (el indio, el negro, el campesino...), la necesidad de honrar debidamente a los diversos estratos conformadores del continente (Injértese en nuestra repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestra repúblicas”)...

Nada ha de extrañar en uno de los más grandes políticos y escritores, padre del modernismo literario, su recurrir a la importancia de la lengua común como factor de unidad: “Lenguaje que del propio materno reciba el molde, y de las lenguas que hoy influyen en América soporte el necesario influjo, [...]”; escribe, por ejemplo, en su cuaderno de apuntes de 1881.

Poco después, ya en pleno modernismo, Rubén Darío se hacía eco en sus *Cantos de vida y esperanza*: “Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda/ [...] Un continente y otro renovando las viejas prosapias,/ en espíritu unidos, en espíritu y ansias de lengua,/ ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.”

Doctrina que igualmente preconiza otro excepcional maestro de generaciones, José Enrique Rodó, cuando en su *Ariel*, de 1900, predica: “[...] tenemos —los americanos latinos— una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo que hemos de acatar con una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza o imponerse a la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro”.

El temprano reconocimiento y denuncia de los desmanes de la conquista y la colonización —con la cristalización de los primeros símbolos heroicos de América, Hatuey y Caupolicán— en las propias letras de la cultura que emprendió dicha colonización; el perenne conflicto entre caudillismo (y dictadura, poder militarizado) versus sociedad civil (democracia, libertades personales), problema que se acompaña no sólo de acciones y pensamiento general liberador sino, entre otros hitos, de una insoslayable (y disfrutable en cuanto poética) novelística “del dictador”; y la continua y vital búsqueda de independencias y libertades americanas, contemplando con toda conciencia y voluntad, no sólo la identidad e integración de las naciones del continente, sino también la conservación y desarrollo del legado válido de la cultura (una de las culturas) dominante; se suman como cuerpo de acciones, doctrinas y sentires de necesaria focalización, análisis y motivaciones de conducta para las independencias, integraciones y desarrollos sociales y culturales de Iberoamérica.

Holguín (Cuba) octubre de 2010